

Prólogo

Respiró hondo. Una, dos, tres veces, permitiendo al Aire todavía fresco y joven de la mañana llenar sus pulmones, y desde allí, al igual que el agua empapa una esponja, repartirse por todo su cuerpo en tan solo unos segundos. Cerró los ojos, levantó los brazos y se estiró cuan larga era, hasta unir una mano con otra por encima de su cabeza. Sus músculos se desperezaron satisfechos; un par de articulaciones crujieron de placer. Poco a poco, el entumecimiento y la deriva de otra mala noche se fueron despegando de su cuerpo y de su mente, reemplazados por los tímidos trinos de las aves sobre las ramas tiernas de los tilos y los plátanos en aquella mañana de intenso cielo azul, de nubes blancas y sedosas, de juguetona brisa con olor a rocío, a jazmín, a día por estrenar.

Respiró hondo. Una, dos, tres veces. Eso no iba a volver a ocurrir. No pasaría una sola noche más peleando contra sus sábanas arrugadas con sabor a angustia; la angustia de una certeza próxima e inevitable. No volvería a sufrir otro día interminable, hediondo, obsceno, agobiante. Estaba en su mano, dependía de ella. De ella, y de nadie más.

Respiró hondo. Una, dos..., tres.

El aire acarició su rostro, jugó a enredar su pelo, se coló bajo la camiseta larga que usaba para dormir, recorrió su piel joven y pálida recreándose entre las suaves curvas de su cuerpo. Durante unos segundos que se le antojaron los mejores de su vida, flotó. Se dejó llevar al igual que un diente de león remonta el vuelo, gira sobre sí mismo

y juega con las corrientes arrastrado por el viento en los instantes previos a una refrescante tormenta en un denso y tórrido día de verano.

Sonrió.

No sintió su cráneo reventar al golpearse contra el suelo, ni el quejido de sus vértebras, ni a sus costillas partirse una tras otra, mientras sus pulmones, sus riñones, su hígado, su joven corazón se aplastaban unos contra otros en un amasijo de vísceras y afiladas esquirlas de huesos. Su anhelado sueño de encontrar algo de paz en compañía del intenso cielo azul, de las nubes blancas y sedosas, de la juguetona brisa con olor a rocío, a jazmín y a día por estrenar, se desvanecía engullido por el oscuro charco de sangre que se extendió con rapidez bajo su cuerpo desvencijado.

Alguien gritó.

* * *

Las primeras sirenas no tardaron ni un minuto en llegar. Un zeta de la policía y, sin dar tiempo a que los agentes se bajasen, una UVI móvil del Samur. Parecía que supiesen lo que iba a ocurrir y estuvieran esperando en alguna calle cercana. El médico vio el panorama desde su asiento y se apeó con calma de la ambulancia. El oscuro charco de sangre, el terrible escorzo en que había quedado el cuerpo menudo... Nada que hacer. Se puso unos guantes de látex con gesto parsimonioso para cumplir con el desagradable pero indispensable requisito de certificar la muerte. Colocó el índice y el pulgar a ambos lados del cuello de la chica, justo bajo la mandíbula, y efectuó una pequeña presión durante un par de segundos para comprobar aquello que no era necesario comprobar. Qué lástima, una chica tan joven...

A punto de retirar la mano creyó percibir algo. No puede ser, está reventada. Aguantó unos segundos más, aumentó la presión. Y apareció de nuevo: un latido cansado, solitario, pero ahí estaba, no quedaba duda. Comenzó

a gritar al enfermero, que ya sacaba una manta térmica para cubrir el cadáver. La arrojó al suelo sin miramientos y cogió el maletín de primeros auxilios. Otra ambulancia llegaba en ese momento. Sus ocupantes se unieron a los de la primera para tratar de estabilizar a la muchacha. A unos metros, los policías se esforzaban en apartar a la gente que comenzaba a arremolinarse como las moscas en torno a la mierda.

Una mujer de mediana edad, vestida con un camisón de pequeñas flores azules, salió del portal entre gritos desconsolados. Su cara, la viva expresión de una virgen doliente, indicaba que se encontraba al borde del colapso. Dos agentes la sujetaron para evitar que se desplomase contra el suelo.

El inspector jefe Goyo Barral bajó del coche con una extraña sensación. Fuera lo que fuera aquello, había ocurrido apenas a quinientos metros de su casa. Es desagradable que ciertas cosas sucedan cerca de donde vives; borran la reconfortante sensación de seguridad y rutina que deseas para tu familia. Para tu hogar.

—¿Vienes o te quedas?

Mientras él permanecía embobado en sus pensamientos, la inspectora Carmen Alonso se había alejado ya unos metros del coche. Barral respondió a su compañera cerrando la puerta del vehículo con un portazo.

Se acercaron al lugar del suceso. No podían llamarlo escenario del crimen, porque todavía no sabían si había intervenido una mano criminal. La radio de la policía solo había informado de que se trataba de un posible suicidio; tendrían que investigarlo. Una mujer se había precipitado a la calle desde su casa. Los miembros del Samur habían logrado estabilizarla para trasladarla a un hospital. Le habían colocado un collarín cervical y respiraba gracias a una máscara de ventilación dotada de una bolsa que un enfermero apretaba con mecánica regularidad a bordo de la ambulancia. Los ojos de la víctima, terriblemente amoratados, eran la única parte visible de su rostro. Sin embargo, aquella máscara sombría no impidió al inspector jefe Goyo Barral comprobar apenado que se trataba de una chica muy joven; no tendría más de quince o dieciséis años, la edad de Adriana, su propia hija. Se estremeció al pensarlo. Sacudió los hombros para

quitarse de encima un amago de angustia y levantó la vista hacia el edificio de viviendas, intentando averiguar desde qué piso habría caído.

—¿Quién ha dado el aviso? —preguntó a uno de los agentes llegados en el primer coche.

—Clara Martínez, se dirigía al trabajo —contestó este consultando una libreta para luego levantar la barbilla hacia una mujer que, sentada en un banco, era atendida por un ataque de nervios—. No ha visto nada. Oyó un ruido muy fuerte a su espalda y, al girarse, se encontró a la chica en el suelo a solo unos metros. Está muy impresionada, no para de decir que acababa de pasar por ahí, que podía haberle caído encima.

Barral asintió cabizbajo y se dirigió a su compañera.

—¿Qué cojones puede empujar a una chica tan joven a arrojarse al vacío? —preguntó, como si estuviera conversando consigo mismo.

La inspectora Alonso guardó silencio mientras veía partir a la ambulancia. Cogió aire, lo soltó despacio y clavó la vista sobre la mancha de sangre de la acera, que iba adquiriendo un macabro tono marrón.

—¿Sabemos con seguridad que se trata de un suicidio? —preguntó con voz ahogada.

Barral le devolvió la mirada. Los ojos de la inspectora habían perdido su viveza habitual. Se dio cuenta de que su compañera, siempre tan dura y autosuficiente, parecía muy afectada. Sintió que debía decirle algo para apoyarla, pero no se le ocurría nada. Pensaba en ello cuando un grito angustiado rasgó el aire a su espalda:

—¿Dónde se la llevan, dónde se llevan a mi niña?

Los inspectores se giraron a la vez. En el suelo, la mujer del camisón, de poco más de cuarenta años, menuda y con aspecto de estar recién salida de la cama, era atendida por un enfermero. Trataba en vano de levantarse y repetía la pregunta una y otra vez: “¿A dónde, a dónde se la llevan?”. Pese a que le acababan de suministrar una

dosis de tranquilizantes capaz de noquear a un jugador de *rugby*, estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Va camino al hospital. Ahora la llevaremos también a usted —trató de tranquilizarla el enfermero con voz suave, ayudándola con un brazo a levantarse, mientras hacía gestos al conductor con el otro—. Paco, ven a ayudarme —llamó—. ¿Dónde coño está el médico?

—Se ha ido en la otra ambulancia para echar una mano con la chica.

Los inspectores se acercaron a ellos. Goyo abrió la boca dispuesto a decir que tenía que formular unas preguntas a la mujer, pero Carmen lo frenó agarrándole por el brazo.

—Eso podemos dejarlo para más tarde —le comentó en voz baja—. Ahora mismo está en *shock*, no creo que saquemos nada en limpio. Es mejor que vayamos a inspeccionar la casa.

Barral sopesó un instante la idea y asintió.

—¿A qué hospital la llevan? —preguntó Carmen, mostrando su placa al conductor de la ambulancia.

—Al Gregorio Marañón, es el más cercano —contestó antes de abrirse paso entre los curiosos haciendo sonar la sirena. Carmen y Goyo siguieron la ambulancia con la vista hasta que desapareció a toda velocidad al doblar la esquina. Luego, como sincronizados, se volvieron a un tiempo y se dirigieron hacia el portal del edificio, custodiado por un agente de uniforme. La víctima vivía en el tercer piso. El inspector jefe echó una última mirada a la enorme mancha rojiza que se extendía sobre la acera. Casi le pareció escuchar el crujido del cuerpo al caer. Apartó la vista con aversión y se encontró con las caras de los curiosos, contraídas en extrañas muecas de asco y morbosa excitación, que se apiñaban tras el cordón policial. En su afán de estar más cerca de la tragedia se empujaban y tiraban de la cinta, que amenazaba con romperse en cualquier momento. Sacudió la cabeza asqueado.

—Aparten ahora mismo a toda esa gente. Van a acabar metiendo sus pezuñas en la sangre —ordenó a los

policías de uniforme, señalando hacia los curiosos con un gesto de cabeza. Al hacerlo, sus ojos tropezaron con los de un hombre que contemplaba la escena entre la multitud. Su cara le resultó familiar, aunque no logró recordar dónde la había visto antes. Las miradas de ambos se mantuvieron congeladas durante un instante en el que el inspector percibió un atisbo de preocupación.

—Goyo, ¿vienes de una vez? —llamó Carmen desde el interior del portal.

La miró solo un instante mientras levantaba su mano pidiéndole que esperase. Cuando volvió a buscar al hombre, ya había desaparecido entre la jauría de rostros que protestaban con poca convicción porque los agentes les obligaban a retroceder sin miramiento alguno.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Carmen cuando entraron en el portal. Goyo se encogió de hombros y negó con la cabeza.

Descartaron el ascensor y subieron por las escaleras, oscuras y necesitadas de mantenimiento, acompañados por los comentarios de pequeños grupos de vecinos que se arremolinaban en los rellanos. ¿Cómo podía haber hecho eso una chica tan guapa, y tan joven? ¿Tendría algún problema con el novio? ¿Pero tenía novio? Yo no la he visto con ningún chico. Y los padres, pobre gente. Ignacio siempre tan amable. Está de viaje, ¿no? ¡Qué horror, qué horror, pobre hombre, cuando se entere...!

Un oficial de policía que montaba guardia ante la puerta entreabierta de la vivienda los saludó con un sonoro “a sus órdenes”, acorde con la directiva aprobada apenas unos meses antes, lo que hizo que el inspector jefe lo mirase con desagrado; él no era ningún general de artillería. Se detuvieron en el vestíbulo para empaparse del ambiente de la casa, del latido de sus habitantes. Barral sabía que la primera impresión ofrecía siempre detalles imprescindibles que después pasarían inadvertidos.

La vivienda era pequeña y modesta, razonablemente bien cuidada; la pintura de las paredes parecía en buen

estado, pero el parqué necesitaba un nuevo barnizado desde hacía algunos años. Las jambas de las puertas tendrían casi cincuenta centímetros de anchura, medida que se correspondía con el grosor de las paredes típicas de las construcciones madrileñas de la primera mitad del siglo pasado; nada que ver con los finos tabiques de los edificios más modernos, que parecían derrumbarse cada vez que la corriente provocaba algún portazo. En la cocina, recogida y limpia, una magdalena mordida y un vaso de café con leche habían quedado abandonados sobre la encimera. Pasaron al salón, bastante amplio, casi cuadrado, amueblado con una mesa de comedor con seis sillas y una *boiserie* de color cerezo que trataba de aparentar una calidad de la que carecía. Frente a la *boiserie*, una mesa de centro rectangular y un tresillo azul, a juego con las cortinas que flanqueaban la salida a una pequeña terraza adornada con dos tiestos de geranios rojos y blancos algo mustios.

—¿Habrá saltado desde ahí? —preguntó Carmen sacando unos guantes de látex del bolsillo de su cazadora.

—Lo dudo. Su madre estaba en casa. Un suicidio casi siempre es un acto muy íntimo, aunque en este caso haya acabado a la vista de todo el que pasara por la calle. Casi seguro que lo habrá hecho desde su dormitorio para no llamar la atención de su madre.

Pasaron a un distribuidor con cuatro puertas, dos de ellas abiertas. Una daba a la habitación de la chica, que Goyo sugirió dejar para el final. En la otra los visillos blancos, movidos por la brisa que entraba por el balcón, rozaban contra los pies de la cama de matrimonio, ya hecha y cubierta por una colcha de *patchwork*. Junto a la entrada, los policías se reflejaron en los espejos de las puertas correderas del armario empotrado que ocupaba toda la pared. Enfrente, sobre una cómoda de cuatro cajones, un premio Nobel y su novia filipina sonreían acaramelados desde la portada de una revista del corazón. Junto a una lamparita de pantalla con pie de metal, una

foto antigua de boda, otra de la familia al completo en un día de campo y un discreto centro de flores secas. Completaban la decoración un crucifijo de marquetería y una reproducción de un relajante paisaje de Monet que presidía el cabecero de la cama tapizado en verde. Apenas quedaba sitio para dos minúsculas mesillas redondas. Carmen cogió la foto de familia: una niña de tres o cuatro años reía a carcajadas porque sus padres la levantaban del suelo tirando de sus manos.

—Parece mentira que las cosas puedan cambiar tanto.

La voz de la inspectora sonó turbia, dolida. Goyo la miró de reojo y no contestó, atento a la fotografía, porque recordó que en casa guardada en un álbum una parecida con Marta y Adriana. Sí, las cosas podían cambiar mucho.

Salieron de nuevo al pasillo y abrieron otra puerta al azar, que resultó dar al baño. No era moderno, pero tampoco necesitaba reformas. Azulejos de color marrón claro coronados a un metro del suelo por una cenefa ancha que simulaba una greca romana; sanitarios beige, un armario barato bajo el lavabo con los productos de aseo y una pequeña estantería de metacrilato con frascos de colonia y un discreto adorno de flores secas.

En la segunda habitación, la persiana totalmente bajada les obligó a encender la luz. El mobiliario era funcional, de Ikea: una cama de matrimonio sin cabecero vestida con una sencilla colcha blanca y un par de cojines color teja, el mismo de las paredes; una pequeña cómoda blanca, una silla con brazos en una esquina y un armario de dos puertas. A simple vista se apreciaba que el cuarto era más grande que el anterior, pero el color de las paredes y la austera decoración lo hacían agobiante. Carmen subió la persiana y miró a través del doble cristal de la ventana. El panorama no mejoraba mucho: el patio sucio y oscuro no invitaba a asomarse.

—Aquí no duerme nadie —sentenció Barral, al tiempo que abría las puertas del armario para comprobar que, a excepción de un juego de sábanas, estaba vacío.

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: Alberto Pasamontes Navarro, 2019
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2020
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-9743-892-6
DL L 21-2020
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.